

EL PENSAMIENTO VIVO DE UNAMUNO A LA LUZ DE LA MUERTE

ANA ROSA GÓMEZ ROSAL
Universidad de Sevilla
anagomros@alum.us.es

Resumen

Partiendo de un análisis sobre los límites epistemológicos y ontológicos que presenta la reproducción cinematográfica del último año de vida y de la muerte de Miguel de Unamuno, rescataremos algunas ideas claves en torno al problema de la muerte como el mayor de los misterios, centro del sentimiento trágico de la vida y de toda la meditación unamuniana.

Abstract

Starting from an analysis on the epistemological and ontological limits presented by the cinematographic reproduction of the last year of life and the death of Miguel de Unamuno, we will rescue some key ideas around the problem of death as the greatest of mysteries, center of the tragic sense of life and of all Unamunian meditation.

Introducción

Pocas metamorfosis *post mortem* hay más peligrosas que la de mutar en leyenda. La leyenda, al contrario que el hombre de carne y hueso, solo tiene una cara, una forma transitable, una interpretación aceptada y ninguna voz que se revuelva para reclamar su lugar en la historia, más allá del impuesto con la ventaja temporal de quien la enuncia, a sabiendas de que no podrá ser interpelado por el afectado. Convertir la vida de aquél que fue, con todas sus contradicciones y pasiones en lucha encarnizada, en relato legendario, es sinónimo de darle muerte. Y pocas injusticias mayores pueden aplicársele a la vida del hombre Miguel de

Unamuno que la de convertirlo en materia de leyenda, en personaje plano, ahuecado, con su carne hecha piedra, fagocitado por una sola de sus frases, para investirlo como abanderado de uno u otro bando. Porque ese hombre dedicó toda su vida a pensarse a través del cristal de la muerte; a escribir, a describirse y describirnos los modos en que la sabiduría de la muerte es, en el fondo, amor por la inmortalidad, para poder superar ese bache, que no sería el último, como veremos a continuación. Tal y como relata en su ensayo "Sobre la filosofía española" (al que habremos de volver), «—lo primero, vivir, sí; ¿pero y después de vivir? —¡Morir! —No, morir, no, sino sobrevivir»¹.

Para que esta supervivencia sea efectiva, una vez la carne se hace un todo con la morada última, ha de prevalecer su pensamiento como sustancia viva entre aquellos que todavía movemos los pies por el suelo. Por eso, se nos presenta como urgente la tarea que aquí vamos a desempeñar de recuperar, en presente (como no puede ser de otra forma) su pensamiento vivo ante la amenaza de una visión limitante y coartada de su vida a tenor de los últimos acontecimientos que disuelven al sujeto tras la visión cinematográfica de su historia. Nos esforzaremos, en lo que sigue, por romper el relato que se quiere presentar como historia hegemónica, eminentemente centrada en una romantización con tintes heroicos del que fue el último año de su presencia física terrena, así como su último aliento, olvidando colateralmente la intrahistoria que, de facto, podría permitirle la supervivencia.

1. A la luz del cinematógrafo

¿Y cuando (sic) presumí después que acaso se propusiera proyectarme a mí, al autor, cinematográficamente, y acaso hacerme hablar por fonógrafo?

¹Miguel de UNAMUNO, "Sobre la filosofía española. Diálogo", en Miguel de Unamuno, *Obras Completas*, Vol. III, edición de Manuel GARCÍA BLANCO, Vergara, Barcelona, 1958, p. 746.

¡Antes muerto! Solo se vive por la palabra viva y hablada o escrita, no de máquina.²

En 2019, Amenábar presentaba al público la película *Mientras dure la guerra*, donde un anacrónico Miguel de Unamuno (anacrónico por plenamente consciente de todo lo que, en retrospectiva sabemos, significaba aquel alzamiento militar) era forzado a cargar con la capa de ese héroe que —tanto en 1936 como, aparentemente, en la contemporaneidad— necesita(ba) España, según se enuncia en el propio metraje. Del mismo modo que en los *hunos* hicieron en su momento, ahora, por manos de los *hotros*, pasó a ser únicamente un ente instrumental para alabanza y gloria de un bando político, despojado por completo de su individualidad y su humanidad.

En 2020, de la mano de Manuel Menchón, se explotó nuevamente ese aspecto, desenterrando de los archivos las imágenes que llenan el documental *Palabras para un fin del mundo*, para darle cuerpo a una teoría conspiranómica, propia de una docuserie criminal, donde el asesino no es el tiempo, ni la vida, ni tan siquiera una reproducción de la teoría unamuniana respecto del cainismo español, sino una suerte de ángel exterminador que iba, casa por casa, dándole fin a los intelectuales salmantinos. Así, aunque la intención del director parezca apuntar a un ejercicio de justicia histórica, estaríamos, en todo caso, ante una victoria pírrica, puesto que, en pos de salvar un nombre, se estaría incidiendo en aquello que el mismo don Miguel advirtió como lo propio de la visión cinematográfica del mundo, a saber, un «ver desfilar al olvido de la historia»³. Concretamente, olvido de su historia íntima y personal, o su intrahistoria, para ser más precisos.

²Miguel de UNAMUNO, “El hermano Juan o El mundo es teatro”, en Miguel de Unamuno, *OC*, Vol. XII, p. 866.

³Miguel de UNAMUNO, *Mi Confesión*, Ed. Alicia VILLAR EZCURRA, Sígueme, Salamanca, 2011, p. 32.

Todo queda triturado bajo el foco de la inmediatez y la deformación de la Palabra en el cine, sin espacio para que Ella se expanda abiertamente, ni para la amplificación de las inmutables realidades⁴ a las que rendía tributo el poeta vasco salmantino. Nada queda, en la caricatura que ha de efectuarse para conseguir un relato estético que impacte en los espectadores, de ese hombre aterrado por la amenaza de extinción de su conciencia, que llevaba persiguiéndole desde —por lo menos— 1897; del que había tenido que someterse a dolorosísimas experiencias de desgarrar de la costra impuesta para adentrarse y darse en el yo que se sentía ser y que, los que le rodeaban, no parecían ver, querer ver o estar conforme con dejarlo ser; un yo renacido nunca fijo, nunca estático, sino eternamente en movimiento, cambiante, renovado, poliédrico y contradictorio: vivo, al fin y al cabo.

El problema que encontramos, pues, se dirige tanto al continente como al contenido de estas representaciones que, más que dejar que el pensamiento vivo de Unamuno se empape del agua subterránea de la historia⁵, se regocijan en la ficticia resolución del misterio de su muerte concreta, como si eso, en algún modo, pudiera salvarlo.

Con respecto al continente, sírvannos las palabras vertidas en 1920 en la revista *Nuevo Mundo* que dicen así:

¡El cine! ¡Espectáculo característico para una sociedad dominada por el sentimiento de la transición! ¡Y espectáculo para sordos! Para sordomudos, más bien. De donde se acaba creyendo que la historia viva, la presente, la siempre presente,

⁴Miguel de UNAMUNO, *Nicodemo el Fariseo*, en Miguel de Unamuno, *OC*, Vol. III, p. 133.

⁵Cfr. Miguel de UNAMUNO, "El secreto de la vida", en *id.*, pp. 1031-32: «Las raíces de nuestros sentimientos y pensamientos no necesitan luz, sino agua, agua subterránea, agua oscura y silenciosa, agua que cala y empapa y no corre, agua de quietud. Lo que necesita aire y luz es el follaje de nuestros sentimientos y pensamientos, es lo que de ellos arrojamos al mundo, y al darlo al mundo del mundo es».

*es cinematografía muda y que nada dice. Y así nada queda de ella. Porque en la Historia lo que realmente queda es lo dicho, la palabra.*⁶

Y, si bien es cierto que en esta crítica se está refiriendo al cine mudo, en nada cambió su percepción del séptimo arte cuando le fue añadida la voz, porque el inconveniente no se encuentra en la capacidad técnica para reverberar con claridad el sonido, sino en la apariencia teatralizada del mundo que el cinematógrafo, el fonógrafo y cualquier otra técnica de reproducción que tenga que pasar una porción de realidad por un tamiz para regurgitarlo como instantáneo, presta a los espectadores u oyentes. Y, por ello, es totalmente aplicable a las películas anteriormente mencionadas, que, aunque no sean mudas, prepondera una sordera y enmudecimiento constante de su decir, donde todo es diálogo impostado en una, y prosa forzada y sesgada en otra, con el fin de llegar a ese supuesto momento culmen de la historia donde — repetimos, supuestamente— se armó de valor para proferir el famoso «venceréis, pero no convenceréis» ante un auditorio repleto de seguidores del también presente Millán Astray.

El segundo problema, como era de esperar, incide en la radicalización de las consecuencias devenidas de los inconvenientes del continente en lo contenido, como forma de seguir anestesiando al público frente a las inclemencias de la muerte en términos ontológicos y trascendentales, poniéndole como espectadores pacientes (es decir, que pacen, en contraposición a la figura del testigo activo, defendida desde sus creaciones literarias) de la resolución de un crimen.

⁶Miguel de UNAMUNO, *Nuevo Mundo*, Madrid, 5 de noviembre de 1920. Cit. en José Miguel FERNÁNDEZ URBINA, "Unamuno y el cinematógrafo", *Los cuadernos del norte*, Núm. 52, Caja de Ahorros de Asturias, Oviedo, diciembre 1988-enero 1989, p. 78.

Ya en 1904 Unamuno dejó escrito en su meditación inédita *Mi Confesión* lo siguiente, que tan bien se aplica a lo que nos ocupa aquí:

Ante este terrible misterio de la mortalidad, frente a la Esfinge adopta el hombre distintas posturas, y trata por varios medios de consolarse de haber nacido. Y lo que primero se le ocurre es tomarlo a juego, ponerse como espectador a presenciar la comedia, ver desfilan al olvido de la historia.⁷

En este caso, la muerte se hace juego detectivesco, abandona su cariz trágico para habitar en el sentimiento cómico de la vida, privada de su dimensión horizontal, existencial, al ser aislada como muerte concreta, nunca más misteriosa por haber sido resuelta, creando la ilusión de que, en la resolución del crimen, está la paz; obviando lo irresoluble de la mortalidad universal. Y, sin embargo, lo concreto no es su muerte biológica: lo concreto (que es lo más universal) es la muerte, enunciada en plural.

2. A la luz de la muerte

Todo lo que hasta este momento se ha ido presentando redonda, como anunciamos en la introducción, a otro tipo de muerte, posterior a la muerte física del hombre de carne y hueso, y más definitiva que esta: en primer lugar, en tanto que muerte/olvido de la historia personal, esa en la que él mismo tuvo participación dándose cuerpo por medio de sus creaciones y acciones, al verse envuelto en la leyenda impuesta, que petrifica su pensamiento para hacerlo digerible al público y a la industria cinematográfica; en segundo lugar, consecuentemente con lo primero, como victoria de la razón sobre el sentimiento, de la muerte como vida que pasa frente al anhelo de inmortalidad en la vida que queda y tiene que quedar; por último, a modo de síntesis de lo anterior, como triunfo

⁷*Id.*, pp. 32-33.

de lo exótico frente a lo que Miguel de Unamuno expresó como lo más propiamente español.

Porque, a pesar de que los recientes intentos cinematográficos por devolver a la vida pública al rector de Salamanca pudieran ser leídos desde una clave de ese amor español a la muerte, se destila de ellos un sesgo racionalista de la muerte como suceso insuperable, definitivo y definitorio. El mismo sesgo contra el que el hombre Unamuno luchó y que, según sus palabras, no estaba como tal en nuestra tradición o, mejor dicho, en nuestra ciencia. Pero, poco a poco, a medida que los cantos de la modernidad y la europeización se iban haciendo más fuertes, íbamos queriendo pasar a formar parte de ella, olvidando la sabiduría (que no ciencia⁸) de la muerte heredada de los místicos españoles. Un olvido necesario para poder gozar de las mieles de la ciencia europea y moderna, siguiendo la máxima espinosiana que esgrime que el hombre más libre será el que menos piense en la muerte.

*El hombre libre de la suprema congoja, libre de la angustia eterna, libre de la mirada de la Esfinge, es decir, el hombre que no es hombre, el ideal del europeo moderno. Y estamos en otro concepto que me es tan poco simpático como los de vida y ciencia, y es el de libertad. No hay más libertad verdadera que la de la muerte.*⁹

La muerte es la libertad verdadera por ser el conocimiento de ella la entrada a la vida auténtica, al segundo nacimiento propiciado por el dolor de la conciencia de muerte, personal y, esta vez sí, concreta y universal. Porque sé que muero, sé que quiero vivir en

⁸Miguel de UNAMUNO, "Sobre la europeización (Arbitrariedades)", en Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas*, Vol. III, p. 1109: «acaso los términos ciencia y española sean, afortunadamente, dos cosas que se repelen».

⁹*Id.*, p. 1108.

absoluto: para siempre, ser todo y ser todos en todo momento. Ser Dios, en tanto que solo ese yo liberado de las cadenas de la ignorancia sobre la propia naturaleza tiene alcance *poiético* suficiente para darse una finalidad, y dársela al mismo tiempo al universo¹⁰. Y cuando la razón viene a poner sus trabas, enfrentarse en dolorosa lucha a ella por medio de la pasión, del sentimiento de amor tan grande a la vida que no se la pueda concebir como finita ni determinada. Luchar, pluma en mano, como Don Quijote, por llegar a ser el que uno quiere ser y no el que le han dicho que es, o con quien le quieran hacer encajar, en presente, pasado o futuro.

Tratar de condensar toda la *meditatio mortis* unamuniana en el espacio restante de esta exposición sería descabellado y absurdo, injusto, porque supondría un ejercicio de simplificación tan atroz que, una vez más, conduciría a matar lo vivo para volverlo asequible a la mente¹¹. Lo que sí podemos es afirmar, categóricamente, que la vida de Unamuno se desenvuelve en una tensión constante entre el pensamiento vivo, que encuentra su camino en la Palabra (Verbo) infinita y eternamente renovada al contacto con otros ojos y otras almas, y la conciencia de muerte, que espera despertar esta

¹⁰Miguel de UNAMUNO, *Nicodemo el fariseo*, *op. cit.*, p. 124: «¿Que no tiene fin alguno el universo? Pues démosele (sic.), y no será tal donación, si la obtenemos, más que el descubrimiento de su finalidad velada. Cuando la razón me dice que no hay finalidad trascendente, la fe me contesta que debe haberla, y como debe haberla la habrá. Sólo la fe crea».

¹¹Miguel de UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, en Miguel de Unamuno, *OC*, Vol. XVI, pp. 217-18: «La mente busca lo muerto pues lo vivo se le escapa; quiere cuajar en témpanos la corriente fugitiva, quiere fijarla. Para analizar un cuerpo, hay que menguarlo o destruirlo. Para comprender algo hay que matarlo, enrigidecerlo en la mente. La ciencia es un cementerio de ideas muertas, aunque de ellas salga vida. También los gusanos se alimentan de cadáveres. Mis propios pensamientos tumultuosos y agitados en los senos de mi mente, desgajados de su raíz cordial, vertidos a este papel y fijados en él en formas inalterables, son ya cadáveres de pensamientos. ¿Cómo pues, va a abrirse la razón a la revelación de la vida? Es un trágico combate, es el fondo de la tragedia, el combate de la vida con la razón».

conciencia también en los dormidos; brotando él, en eterno retorno, como parte de aquellos a los que despierte al sueño de la vida, que se acerquen a él con voluntad de escuchar, de creer y de crear. De Ser, en definitiva, parte del Todo, contra la razón y a pesar de ella, apoyados por la cardíaca, que es la lógica del corazón.

Toda la vida de Unamuno estuvo enfocada bajo la lente de la muerte como misterio problemático, inapresable, y, por ello, motor primero para seguir creando incansablemente, confiado en que la Palabra supliría a la carne, y el carácter español, enamorado del amor trágico, en el que «todo es un flujo de encendidos lugares comunes»¹², interpretaría su silencio como un grito desde las entrañas de la intrahistoria, siempre vivo, siempre distinto, siempre presente.

*Porque eso que tanto se nos ha echado en cara, eso que ha hecho decir que somos un pueblo sombrío y que por mirar al cielo hemos desatendido lo de la tierra, eso que muchos extranjeros llaman nuestro culto a la muerte, no es tal, sino culto a la inmortalidad. Dudo que haya pueblo de tanta vitalidad, que tan agarrado esté a la vida. Y es por agarrarse tanto a ella por lo que no se resigna a soltarla. Abrigo la esperanza de que los españoles, la masa quiero decir, no caerán jamás en la concepción esteticista, en tomar al mundo en espectáculo y procurar divertirse en él lo más posible, viendo desfilar la historia al olvido.*¹³

Conclusión

La dinámica cinematográfica de hacer de la muerte de Miguel de Unamuno un espectáculo puede ser considerada, desde sus propios parámetros, como una reverberación de hasta qué punto se ha ido perdiendo el trasfondo español de nuestro estar en el mundo, y

¹²Miguel de UNAMUNO, "Sobre la europeización (Arbitrariedades)", *op. cit.*, p. 1120.

¹³Miguel de UNAMUNO, "Sobre la filosofía española", *op. cit.*, p. 747.

cómo una presentación carente de visión trascendente parece cercar el camino a la inmortalidad, privándole a él y a todos los demás de quijotizarnos, esto es, de ser libres desde la sabiduría de, y el amor a, la muerte. Pero, a su vez, nos ofrece la oportunidad de repensar y reivindicar este ser liberado de las cadenas de la razón, que desde sus libros se revuelve en nuestras manos, frente a las carencias de la yerma representación estética. Por ello, estas líneas, más que ser una demostración de nada, pretenden ser una llamada a abandonar la condición de espectador y ser agente activo de las palabras no dichas en el cine; una invitación a fundirse con el hombre de carne y hueso que temblaba y vivía por la muerte y puso todo su aliento en sobrevivir; para alentar al acercamiento cordial a su pensamiento vivo, al misterio que yace bajo los sedimentos de la intrahistoria, que no por silenciada es muerta, sino que se esconde más allá de la leyenda de piedra en la que el remedio estético y el olvido de la historia quieren sepultarle.

Una invitación a que realicemos un salto a la lucha trágica por reconocernos en nuestra conciencia de muerte, a sabiendas del dolor que conllevará, pero, también, que solamente ahí estará la salvación de nuestra tradición y la renovación de la esperanza en la sobrevida, porque es «mejor un salto en las tinieblas que un deslizamiento en el vacío»¹⁴.

¹⁴Miguel de UNAMUNO, *Ahora*, Madrid, 1 de enero de 1936. Recurso virtual: <http://hdl.handle.net/10366/102415>.